Fútbol: de la violencia al diálogo

escrito por Ramón Flecha | 18 de julio de 2026



“Solo hay dos maneras de organizar las relaciones humanas: el diálogo o la violencia.” (Flecha, 2022, citado en Hanafi, 2025)

Independientemente de si se acepta o no esta afirmación como una verdad absoluta, ofrece una poderosa perspectiva para comprender tanto la historia de la humanidad como la evolución del deporte. **La civilización nunca ha tenido como objetivo eliminar el conflicto, sino de encontrar maneras cada vez más humanas de reducirlo y gestionarlo.** Desde esta perspectiva, el fútbol es mucho más que un juego. Es uno de los mayores logros de la humanidad para transformar la violencia en diálogo.

La competencia ha sido parte intrínseca de las relaciones humanas. Individuos, comunidades y naciones siempre competirán por reconocimiento, recursos, prestigio e identidad. La verdadera cuestión no es si existe el conflicto, sino cómo las sociedades deciden organizarlo. El sociólogo Norbert Elias describió la civilización como un largo proceso mediante el cual la violencia se ve progresivamente limitada por normas, instituciones y autocontrol. **El conflicto no desaparece; se canaliza hacia formas que permiten a las personas coexistir sin destruirse mutuamente. El deporte representa una de las expresiones**

más claras de este proceso civilizador.

La historia ilustra esta evolución. En el Imperio Romano antiguo, los valores militares se expresaban en los juegos de gladiadores. Si bien seguían siendo brutales, canalizaban la violencia hacia espectáculos ritualizados, sustituyendo parcialmente el impulso hacia la guerra. Los torneos medievales representaron otro paso, sustituyendo muchos enfrentamientos en el campo de batalla por competiciones regidas por códigos de honor. La violencia no había desaparecido, pero empezaba a quedar limitada por las reglas.

Otra transformación se produjo con la codificación del fútbol moderno en la Gran Bretaña del siglo XIX, por entonces la capital del mayor imperio de la historia. El fútbol no abolió la rivalidad ni la violencia; las redefinió. En lugar de ejércitos, había equipos. En lugar de campos de batalla, había canchas. En lugar de la victoria por la destrucción, el éxito dependía de la habilidad, la cooperación, la disciplina y el respeto por las reglas comunes. Los oponentes aceptaban la autoridad del árbitro, reconocían la legitimidad de la victoria y la derrota, y regresaban a casa para volver a enfrentarse otro día.

El fútbol se ha interpretado a menudo a través del lenguaje de la guerra. George Orwell describió el deporte serio como «la guerra sin disparos», resaltando la intensidad de la rivalidad deportiva. Eduardo Galeano, con su singular visión poética, celebró el fútbol como una de las expresiones culturales más bellas de la humanidad, sin ignorar jamás sus contradicciones ni sus pasiones. Ambas perspectivas revelan verdades importantes. Sin embargo, quizás no cuenten la historia completa.

En lugar de ver el fútbol como la continuación simbólica de

la guerra, podríamos entenderlo como uno de los mayores logros de la humanidad al sustituir la guerra por el diálogo. El fútbol no suprime el conflicto; lo civiliza. Crea un espacio donde los rivales se reconocen como oponentes legítimos, donde la competición se rige por reglas compartidas y donde la victoria adquiere significado precisamente porque los vencidos siguen siendo compañeros en el mismo juego. El fútbol, □□entonces, no es simplemente «guerra sin disparos». Es diálogo más competición.

Este proceso civilizador no se ha detenido. El fútbol en sí mismo continúa evolucionando. Las campañas contra la violencia, el racismo y el sexismo, junto con la promoción del juego limpio, la inclusión, el respeto y la protección infantil, a veces se presentan como presiones externas impuestas al deporte. En realidad, son la continuación natural de su misión histórica. Si el fútbol surgió como una forma más civilizada de organizar los conflictos, es totalmente coherente que continúe avanzando hacia formas de competición más respetuosas, inclusivas y dialogantes.

Este mismo principio se aplica más allá del deporte. Familias, escuelas, lugares de trabajo, instituciones democráticas y relaciones internacionales se enfrentan al mismo desafío fundamental: la competencia es inevitable; la violencia no tiene porqué serlo. Cada paso que sustituye la violencia por el diálogo representa un avance más en el camino civilizador de la humanidad.

Quizás esta sea la contribución más profunda del fútbol a la civilización. Nos recuerda cada semana que la rivalidad no necesita enemigos, que la pasión no necesita odio y que la competencia puede fortalecer la convivencia en lugar de destruirla. Cada partido demuestra que las reglas compartidas, el reconocimiento mutuo y el respeto son más fuertes que la fuerza. Existe una fuerte rivalidad entre el

Athletic de Bilbao y la Real Sociedad, pero en los estadios de ambos equipos, los aficionados conviven con normalidad.

En una era marcada por la interdependencia global, esta podría ser la lección más perdurable del fútbol. El futuro no pertenecerá a las sociedades que eliminen la competencia, sino a aquellas que aprendan a transformar el conflicto en diálogo. El fútbol es una de las demostraciones más claras de que tal transformación es posible.

Referencias

Hanafi, S. (2025). *Contra el liberalismo simbólico: una defensa de la sociología dialógica* . Liverpool University Press.

Imagen: Magnific

Este artículo fue publicado por primera vez en Daily27 el 12 de julio de 2026